

A poco tiempo de hecha la paz de los Pirineos ocurrió la revolución de Inglaterra, que restableció la monarquía, y colocó en el trono al hijo del desventurado Carlos I, aquel príncipe Carlos á quien los negociadores del tratado de Behovia no quisieron comprender en el convenio y miraron con un desden impropio de dos naciones generosas, y de que acaso ambos se arrepintieron pronto. Muerto Cromwel, descontenta la Inglaterra de los republicanos, y vencidos estos por el célebre escocés Jorge Monk, llevado secretamente desde Bruselas el príncipe Carlos, proclamado rey y restablecido en el trono de sus mayores, la Inglaterra asombró al mundo con una revolución la mas pronta y la menos sangrienta que se habia conocido (1660). Carlos II, hombre de carácter bondadoso y dulce, y amaestrado con las lecciones del infortunio, habia aprendido á conocer los artificios de las cortes. La de España, que en su desgracia solo le habia amparado á medias y como con vergüenza y timidez, le despachó luego una embajada manifestando el gozo con que el rey Católico habia visto su exaltación al trono, y Felipe IV mandó restituírle los bajeles ingleses apresados en los mares de la India, é hizo con él un tratado reconociéndole la posesion de Dunkerque y de la Jamaica. Pero bien debió sentir no haber hecho mas esfuerzos en su favor cuando era príncipe desvalido, porque así habria evitado que Portugal encontrara en Inglaterra el calor y los auxilios que veremos halló para sostener la guerra contra España (1).

CAPÍTULO XVII

PÉRDIDA DE PORTUGAL

Muerte de Felipe IV

DE 1660 Á 1665

Exclusion de Portugal en el tratado de los Pirineos.—Renuévase la guerra con Castilla.—Auxilios que recibe el portugués de Inglaterra y de Francia.—Don Juan de Austria, general del ejército de Extremadura.—Murmúrase en la corte de la inacción de don Juan.—Muerte del favorito don Luis de Haro.—Campana de Portugal, favorable al ejército de Castilla.—Conquistas en aquel reino.—Toma las riendas del gobierno el rey Alfonso VI.—Carácter y costumbres de este rey.—Pérdidas de los portugueses.—Terror y alboroto en Lisboa.—El conde de Peñafior.—Derrota á don Juan de Austria cerca de Eborá.—Sitian y toman los portugueses á Valencia de Alcántara.—El duque de Osuna es derrotado en la provincia de Beyra.—Separacion de don Juan de Austria y del duque de Osuna.—Quejas no infundadas de estos generales.—Política insensata de la corte de Madrid.—Auxilios que se dan á Alemania.—La reina doña Mariana y su confesor el padre Nithard.—Hácese venir de Flandes al marqués de Caracena.—Dásele el mando del ejército de Portugal.—Presunción desmedida del de Caracena.—Sitia á Villaviciosa.—Célebre batalla y funesta derrota del ejército castellano.—Dolor y aflicción del rey.—Indignación en Madrid.—Dáse por perdido Portugal.—Melancolía del rey Felipe IV.—Fáltanle las fuerzas del cuerpo y del espíritu.—Testamento del rey.—Nombramiento de regencia.—Fallecimiento de Felipe IV.

Abandonado el Portugal por la Francia en el tratado de los Pirineos, ocupado el trono de aquel reino por un príncipe niño, tan débil de cuerpo como flaco de espíritu, indócil y mal inclinado, bien que las riendas del gobierno estuvieran en las hábiles manos de la reina madre, la valerosa, prudente y resuelta doña Luisa de Guzman; desembarazada Castilla de las guerras que la consumian y aniquilaban, y en paz ya con las demás potencias, calculaba todo el mundo, y así era de presumir, que las fuerzas de la corona castellana caerian todas sobre el vecino reino que se habia proclamado independiente, y considerábase fácil y pronta su reconquista.

La misma Guzman, con ser mujer de ánimo tan firme y levantado, tuvo momentos de sentir desfallecer su espíritu; pero

mas feliz en esto que su predecesor, que habiendo sido aun mas aborrecido que él durante su ministerio, á causa de los impuestos, fué incomparablemente mas sentido despues de su muerte. De las virtudes de estos dos cardenales se podría hacer un perfecto ministro, quitando á Richelieu su inflexible severidad, y á Mazarino su avaricia.

(1) Diario de Londres.—Papeles y memorias de Clarendon.—Memorias de Lansdowne. Thurolo, Hist. tom. VII.—John Lingard, Hist. de Inglaterra, tom. III, c. 19.

despertando de nuevo su altivez, y recobrando su antigua firmeza, se resolvió á fiar á la suerte de las armas la independencia ó la esclavitud del reino lusitano. Confiaba, es verdad, en que no la abandonarían la Francia y la Inglaterra, á pesar de la exclusion del tratado, y no se engañó en sus esperanzas la regente. Entraba en los intereses y en la política de Luis XIV no consentir que Portugal se reincorporara otra vez á España, y el embajador portugués en Paris, conde de Sousa, obtuvo fácilmente del monarca francés que le diera un socorro de hombres, no tan importante por su número como por su calidad, puesto que se contaba entre ellos al mariscal de Schomberg, tan famoso y experimentado en la guerra, que habia de venir de maestro general del ejército, acompañado de ochenta oficiales de los mas veteranos y útiles para instruir á otros. En vano el embajador español reclamó ante la corte de Luis XIV de semejante infracción del tratado. No se dió oídos á sus protestas, y esta fué la primera muestra que ofreció la Francia de cómo cumplía el solemne pacto de los Pirineos.

No contento con esto el monarca francés, sugirió á la corte de Lisboa un proyecto de matrimonio entre la infanta doña Catalina, hermana de Alfonso VI, y el nuevo rey de Inglaterra Carlos II, cuya union le comprometería á sostener la casa de Braganza. Aceptada con gusto esta idea por la corte de Lisboa, su embajador en Londres don Francisco de Melo, marqués de Sande, ofreció con la mano de la princesa un dote de 500,000 libras esterlinas, la cesion de la plaza de Tánger en la costa de Africa y la de Bombay en las Indias Orientales, y el libre comercio de Inglaterra con Portugal y sus colonias (1660). Conocedor de este proyecto el embajador de España Vatteville, trató de deshacerle, ya representando la ninguna esperanza que habia de que doña Catalina pudiera tener sucesion, ya exponiendo al monarca inglés las ventajas de un enlace con una de las princesas de Parma, á la cual señalaría Felipe IV el dote de infanta de Castilla. Vaciló el buen Carlos II; mas como enviase secretamente á Parma al conde de Bristol para que viese á las princesas, y á su regreso informara este lo mas desfavorablemente posible de la fealdad de la una y de la monstruosa obesidad de la otra, el rey no necesitó mas para desechar á ambas, y volver otra vez sus pensamientos á la propuesta de Portugal. Inútilmente insistió Vatteville en persuadirle á que no diera su mano á ninguna princesa católica, por los disturbios que pudiera producir esto en su reino; y proponiéndole la hija del rey de Dinamarca, ó la del elector de Sajonia, ó la del príncipe de Orange, corriendo de cuenta del rey de España su dote. Pero el inglés, que hallaba en la propuesta de Portugal ventajas mas ciertas é inmediatas, especialmente la del comercio y establecimientos mercantiles en el Mediterráneo y en la India, decidióse, con aprobacion de las dos cámaras, por el matrimonio con la infanta portuguesa, y se firmó el convenio (mayo, 1661) á pesar de los infructuosos esfuerzos y del enojo y disgusto del representante español (2).

Consecuencia de este enlace y de esta alianza fué el facultar al embajador portugués Melo para reclutar en Inglaterra hasta diez mil infantes y dos mil quinientos caballos, comprar armas y fletar una armada auxiliar inglesa, con la sola condicion de no poder emplear nunca hombres ni naves contra la Gran Bretaña. Estas fuerzas se pusieron al principio al mando de un oficial inglés, mas luego pasaron á las órdenes del mariscal de Schomberg, siendo de este modo el general francés el que mandaba las tropas de tres reinos, de Francia, de Inglaterra y de Portugal. Hasta en Holanda se negociaba un tratado de amistad por medio del embajador conde de Miranda. Y entre tanto los piratas con el nombre de filibusteros (fibustiers), que eran la gente mas perdida de todas las naciones, especialmente ingleses, franceses y holandeses, se establecian en nuestras Antillas, y hacian devastadoras incursiones en nuestras posesiones de América. Dióse á los in-

(2) Memorias de Clarendon: tom. III, Supl.—Obras de Luis XIV.—Limiers: Reinado de Luis XIV, lib. IV.—John Lingard: Hist. de Inglaterra, tom. IV, c. II.—Soto y Aguilar: Epifome, ad ann.—Laclede: Historia general de Portugal.—Faria y Sousa: Epít. de Historias portug. P. IV, c. V.

gleses la posesion de Tánger, como parte que constituía del dote de la infanta portuguesa con arreglo á las estipulaciones matrimoniales, cosa que pareció de grave escándalo á la católica España, y aun al mismo reino lusitano, que no pudo ver sin asombro que una plaza en que solo se habia conocido el catolicismo se diera así á protestantes.

Ya antes de esto la corte de Castilla, terminada la paz de los Pirineos, habia hecho sus preparativos de guerra para la recuperacion de Portugal. Entre los generales que entonces habia pareció el mas á propósito, y como tal fué nombrado don Juan de Austria; el cual pudo reunir un ejército de mas de nueve mil infantes y cerca de cinco mil caballos, bien que extranjeros en mucha parte, traídos de Flandes, de Italia y de Alemania por una tan injusta como indiscreta preferencia que don Juan les daba sobre los soldados españoles, como si estos no hubieran levantado su reputacion de valerosos en aquellas tierras tan alta como los mejores soldados del mundo. Ni anduvo mas acertado en la eleccion de jefes, enganchando y escogiendo para ello á muchos de los que en la corte tenian fama de acuchilladores y espadachines, y á otros que en realidad eran mas fanfarrones que valientes; pero dado caso que tuvieran valor personal, ni unos ni otros servian para mandar un ejército regular y disciplinado, cual á la dignidad de una gran nacion corresponde. Habia además otros dos cuerpos de ejército, de cinco mil hombres poco mas ó menos cada uno, el uno en Castilla al mando del duque de Osuna, en Galicia el otro al del marqués de Viana, destinados á distraer las fuerzas de Portugal, en tanto que don Juan penetraba por Extremadura en aquel reino.

Detúvose tanto don Juan de Austria en Badajoz, que de lento y perezoso se le murmuraba en la corte, y llegó el caso de recibir orden, un tanto desabrida, de su padre, para que abriese cuanto antes la campana. Con este aguijon pisóse don Juan en marcha (31 de junio, 1661), y penetrando en el vecino reino se apoderó fácilmente de la plaza de Arronches (16 de junio), mal fortificada y defendida, por incuria de los portugueses, ó porque no conocian la importancia que su posicion le daba. Don Juan la fortificó mejor, y contento con dejar dentro de Portugal aquel padrastró, quiso quitar á los portugueses otro que ellos tenian en Extremadura, á saber, la fortaleza de Alconchel, distante solo dos leguas de Olivenza. Encomendóse esta empresa á don Diego Caballero de Illescas, que la ejecutó en pocos dias (diciembre, 1661), y puesta guarnicion española en el castillo, retiróse don Juan á Zafrá y el ejército á cuarteles de invierno, que á esto y no mas se redujo por la parte de Extremadura la campana de este año (1).

No se habian hecho mas progresos por la frontera de Galicia. El marqués de Viana intentó sorprender á Valenza do Miño, pero hallándola muy apercebida y provista le puso sitio en toda forma. Un desatido del de Viana en no apoderarse de un puesto importante hizo que nuestro ejército se encontrara como sitiado entre la plaza y el ejército portugués mandado por el conde de Prado, teniendo que apelar, despues de muchas pérdidas, á levantar una noche el campo con el mayor sigilo (19 de agosto, 1661), sin atreverse á emprender otra expedicion en lo restante del año. Por la parte de Castilla el duque de Osuna tomó el fuerte de Valdemula, aunque perdiendo mucha gente en un asalto que dió sin precaucion. Con mas facilidad rindió el de Albergaria, quedando dueño de toda la comarca; pero habiéndose reforzado por aquella parte las tropas portuguesas, se volvió á Ciudad Rodrigo á tomar cuarteles de invierno. Escasísimo pues fué el resultado de la campana de 1661 en todas las fronteras, y nada correspondiente á lo que de los preparativos y del compromiso de honra de una nacion como la España se debia esperar.

Faltó en este tiempo á Felipe IV el hombre de su confianza, su descanso y su apoyo, el ministro favorito don Luis de Haro, marqués del Carpio, que acabó su vida á la edad de sesenta y tres años (17 de noviembre, 1661); uno de los poquí-

(1) Passarello, *Bellum Lusitanum*, lib. VII.—Laclede, Hist. general de Portugal.—Mascareñas, Campana de Portugal por la parte de Extremadura, ejecutada por don Juan de Austria, un tomo 4.º, Madrid, 1663.

simos validos á quienes ha faltado antes la vida que el favor del monarca. La reina no sintió su muerte: el pueblo no se alegró de ella, porque el de Haro no era tirano, ni vengativo, ni soberbio, y el pueblo no le aborrecia. Sin faltarle algun talento, el gobierno y la guerra en manos del de Haro fueron una doble calamidad. Como en Francia el cardenal Mazarino continuó la obra de engrandecimiento comenzada por el cardenal de Richelieu, en España el del Carpio no hizo sino continuar por la pendiente de la decadencia en que puso la nacion su tio el de Olivares. Fué desgracia de nuestra monarquía y desgracia de hombres de la capacidad del de Olivares y el de Haro haber tenido á su frente dos hombres de la capacidad de Richelieu y de Mazarino.

Los cargos que tenia el marqués del Carpio se distribuyeron entre el cardenal de Sandoval, el duque de Medina de las Torres y el conde de Castriello. Resentido el hijo primogénito de don Luis de Haro, marqués de Liche, de que no se le hubiera conferido ninguno de los empleos de su padre, formó el infame proyecto de asesinar al rey por el medio mas bárbaro imaginable, que fué hacer una mina debajo del teatro del Buen Retiro y colocar en ella barriles de pólvora para darles fuego cuando el rey estuviera viendo la comedia. Por fortuna se descubrió con tiempo tan abominable designio, que fué otro de los sinsabores que tuvo en este tiempo el rey don Felipe. Los cómplices en tan atroz proyecto expiaron su crimen en el patíbulo, pero el atolondrado jóven que le habia inventado alcanzó un generoso é inmerecido perdon del rey en consideracion á los servicios de su padre. Es verdad que despues se mostró verdaderamente arrepentido de tan infernal pensamiento, y lo probó sirviendo siempre de allí adelante con lealtad á su soberano.

Fué otra de las amarguras del rey don Felipe la temprana pérdida de su único hijo varon el príncipe don Felipe Próspero (6 de noviembre, 1661). Pero esta se templó pronto dándole la reina á los cinco dias nueva sucesion varonil con el nacimiento del príncipe Carlos, destinado por la Providencia á heredar la corona de Castilla.

La campana de Portugal se renovó al año siguiente de una manera bárbara y feroz, impropia de dos pueblos civilizados. El 7 de mayo (1662) se puso don Juan de Austria en movimiento, pasó el Caya y llegó hasta los olivares de Campo-Mayor. Continuando luego su marcha, rindió á Villabuñin y la entregó á las llamas. Interceptó un correo del general portugués conde de Marialva, que se hallaba en Estremoz, y le envió á decir por el mismo que se preparara á recibirle porque pensaba ir á verle (2). Llegaron en efecto á avistarse los dos ejércitos; todos parecia desear el combate, pusieronse unos y otros en orden de batalla, cruzáronse algunos tiros de cañon, pero no pasó de esto: por consejo del experimentado italiano Luis Poderico, viejo capitán y celoso servidor del rey Católico, se abstuvo el de Austria de dar la batalla y retiró su campo,

(2) Los jefes ó cabos principales que acompañaban á don Juan de Austria en esta empresa eran: don Francisco de Tuttavilla, duque de San German, capitán general y gobernador de las armas; Luis Poderico (italiano ambos), maestro de campo general; don Diego Caballero de Illescas, general de la caballería; don Gaspar de la Cueva Enriquez, hijo del duque de Albuquerque, general de la artillería; don Diego Correa, teniente general de la caballería; y M. de Langres, francés, general titular de la artillería.

Aunque el gobernador de las armas de Portugal era el marqués de Marialva don Antonio Luis de Meneses, favorito del jóven rey Alfonso VI, el verdadero encargado de dirigir las operaciones de la guerra era el mariscal francés conde de Schomberg.

Hé aquí el tren y aparato con que marchaba don Juan de Austria para el servicio del ejército español: quinientas mulas de tiro: cuatro medios cañones de á veinticinco libras: cuatro cuartos de cañon de á diez libras: ocho sacres de á seis libras: ocho petardos: tres trabucos: ocho mansfells de á seis libras: ciento diez carros y galeras: cuatrocientas carretas de bueyes: quinientos bagajes de arrieros, en ellos se cargaron cuatro mil granadas, seiscientas bombas, faginas embreadas, balería, cuerda, etc. El veedor general del ejército llevaba quinientas carretas de bueyes, con cebada para veinte dias, pan fresco y bizcocho para treinta, en cajones de á cuarenta arrobas. Seguía el tren de hospital con las medicinas y drogas necesarias para la curacion de los enfermos.—Mascareñas: Campana de Portugal ejecutada por don Juan de Austria en 1662.

contentándose con destruir frutos, casas, quintas y atalayás. Dirigióse á Borba, é intimó la rendición al gobernador del castillo Rodrigo de Acuña Ferreira; negóse á ello el portugués, mas como despues se viera forzado á entregarse á discrecion, el de Austria le mandó ahorcar con otros dos capitanes y el juez letrado, entregó á saco la poblacion, y quemó todos los pueblos de la comarca: sistema de terror y de barbarie, que no podia conducir sino á hacer irreconciliable para siempre al pueblo portugués (1).

Pasó luego don Juan á poner sitio á Jurumeña, situada en una eminencia sobre el Guadiana, hizo sus trincheras, colocó sus baterías y apretó el cerco (mayo, 1662). Marialva y Schomberg acudieron desde Estremoz en socorro de la plaza con el grueso del ejército (junio), y don Juan llamó las guarniciones de Olivenza y Badajoz para reforzar el suyo. Muchos fueron los medios que discurrieron los generales portugueses para forzar las líneas, pero todos inútiles. Cansado Marialva de tentativas infructuosas, envió á decir al gobernador que cuando no pudiera mas capitulara con las condiciones mas honrosas que le fuera posible (2), y él se retiró á Villaviciosa, donde hizo construir una ciudadela para su defensa. En efecto, el gobernador de Jurumeña Manuel Lobato Pinto tuvo que capitular, saliendo con los honores militares (9 de junio, 1662). En este sitio se vió todavía una muestra consoladora del valor de los antiguos tercios españoles. En un asalto general que se dió, los españoles habian sido batidos y obligados á recogerse apresuradamente á sus cuarteles, mientras un cuerpo de italianos llegó á las fortificaciones enemigas, y se mantuvo vigorosamente en ellas. Picó esto el pundonor de los capitanes y soldados de Castilla, sintiéronse como avergonzados de haber sido excedidos en valor por los de Italia, y pidieron á don Juan que les permitiera repetir el asalto, no ya á favor de las sombras de la noche, sino á la luz del sol, para correr mas riesgo y volver mejor por su honra. Accedió el de Austria, dióse el asalto, se perdieron muchos oficiales y soldados valerosos, pero Castilla recobró cumplidamente el honor de sus hijos, y don Juan de Austria debió reconocer que no habia sido justo en su preferencia á los soldados extranjeros (3).

Fué esta campaña favorable á las armas de Castilla. Además de Jurumeña vinieron á poder de don Juan, Veiros, Monforte, Alter de Chao, Crato, cuyo gobernador se defendió briosamente y fué mandado ahorcar por el de Austria, y otros muchos pueblos, despues de lo cual retiróse don Juan á descansar á Badajoz, muy alentado y con mayores ánimos para la campaña siguiente.

Poco se adelantó este año en las provincias de Beyra y Entre-Duero-y-Miño, porque el calor de las operaciones se concentró en la de Alentejo. Sin embargo el duque de Osuna se apoderó de Escalona, y por la parte de Galicia el arzobispo de Santiago don Pedro Acuña, que sucedió en el mando al marqués de Viana, se hizo dueño de Portella y Castel-Lindoso.

Si disgustos habia tenido Felipe IV de Castilla, no le faltaban á la reina regente de Portugal. Dábanselos grandes los amigos y favoritos de su hijo, todos hombres de desarregladas y licenciosas costumbres, como eran las inclinaciones del jóven rey, alimentadas por las condescendencias que con él

(1) Hablando el historiador de esta campaña de estos suplicios dice: «El juez lo sentia como letrado, y que habiendo estudiado toda su vida para ahorcar á otros, le viniesen á servir sus letras para ser ahorcado.» Añade que despues los colgaron de un balcon de la casa del ayuntamiento con sendos rútolos á los pechos. «Este dia, dice despues, todos fueron horrores, porque además de estos castigos hubo grande quema de casas y quintas amensimas, y fueron talados todos aquellos campos.»—Mascareñas: Campaña de Portugal.

(2) *Esta noite passada* (le decia por medio de un soldado que entró en la plaza por el rio) *corri todas as linhas do enemigo para avanzar a noite que vem, e acho por impossivel poder socorrer á V. mrd.: assi que V. mrd. pelejando entregue á praza com o mayor credito que ser puder das armas portuguesas e á honra de V. mrd.*

(3) Mascareñas: Campaña de Portugal.—Passarello: *Bellum Lusitanum*, lib. VII.—Carta de don Juan de Austria al rey del campo sobre Jurumeña, á 12 de junio de 1662.

habian tenido desde niño, y por su genio caprichoso, violento y dado á las familiaridades con la gente relajada y viciosa. Doña Luisa de Guzman, fatigada de los sinsabores y contradicciones que esta conducta le ocasionaba, determinó retirarse á una vida en que pudiera gozar de algun sosiego, bien que no abandonando enteramente los negocios, por temor de dejarlos comprometidos si los fiara exclusivamente á las imprudentes manos de su hijo (4).

Espanoles y portugueses, todos se habian preparado bien para la siguiente campaña, y cuando don Juan de Austria se movió de Badajoz (6 de mayo, 1663), llevaba doce mil peones, seis mil quinientos caballos, diez y ocho cañones, tres morteros, y tres mil carros cargados de municiones y de viveres. El rey de Portugal habia nombrado general de las tropas de Alentejo á don Sancho Manuel, ya conde de Peñafior. Las tropas que tenia á sus órdenes, contando la infantería inglesa que habia llegado, eran muy poco inferiores en número á las castellanas. El primer triunfo del ejército español en esta expedición fué la rendición de la importante ciudad de Eborá, á lo cual contribuyeron no poco las disidencias entre los jefes portugueses, que la intervencion del conde de Vimioso no alcanzó á componer. Despues de esto un cuerpo de españoles se apoderó de Alcázar del Sal, poco distante de Setubal. De tal modo asustaron estas noticias en Lisboa, que las gentes andaban despavoridas por las calles, y por un momento temieron que se perdiera todo el reino, porque no quedaba plaza fuerte que pudiera detener al enemigo hasta la capital. El susto se convirtió luego en furor, y cargando el pueblo la culpa de aquellas desgracias á los nuevos ministros, acometió y saqueó las casas de algunos, teniendo ellos que esconderse. Aplacado el tumulto, expidióse orden al conde de Peñafior para que diera la batalla al ejército castellano.

Levantó con esto el de Peñafior su campo, pasó el Odegabe, y llegando hasta media legua de Eborá formó en batalla. El rio dividía los dos ejércitos, y Schomberg habia elegido tan hábilmente las posiciones y colocado tan ordenadamente en ellas á los portugueses, que viendo don Juan no serle fácil atacar con ventaja, determinó retirarse á Badajoz, dejando guarnecida á Eborá. Seguianle los portugueses sin perderle de vista; don Juan esquivaba la batalla, temeroso de perder con ella lo ganado; deseábanla Peñafior y los suyos, al mismo tiempo que la temian tambien, y ambos ejércitos se respetaban. Por último presentóla el portugués al llegar los nuestros á Amegial, sin que don Juan pudiera ya excusarla. Faltaba solo una hora para ponerse el sol, cuando comenzó formalmente el combate, siendo los primeros á atacar los portugueses. Peleóse de una y otra parte con valor, y hasta con ferocidad, convencidos unos y otros de que pendía de aquella batalla la salvacion ó la sumision de Portugal, y el éxito de una lucha que contaba ya tantos años. La noche separó á los combatientes, y hasta la mañana del siguiente dia no se supo quién habia sufrido mas pérdida (8 de junio, 1663).

Por desgracia, si la de los portugueses habia sido grande, pues se supone que no bajó de cinco mil hombres, se vió que la de los castellanos habia sido mayor y mas lamentable. A ocho mil se hace subir la de los muertos y prisioneros, asombrosa cifra atendida la poca duracion de la batalla, entre ellos no pocos generales, coroneles, grandes y títulos, contándose en ellos el marqués de Liche, hijo del famoso don Luis de Haro: perdiéronse ocho cañones, un mortero, multitud de estandartes, y hasta dos mil carros de municiones (5). Debieron

(4) Es vergonzoso lo que los historiadores portugueses nos cuentan de la vida de este príncipe. «Su mayor gusto, dice Faria y Sousa, era entretenerse con negros y con mulatos, ó con gente de la hez del pueblo.... llamábalos sus valientes ó sus guapetones, y con ellos corria de noche las calles de la ciudad, insultando á cuantos encontraba.... No salia nunca de noche que no publicase el dia despues por toda la ciudad el mal que habia hecho á muchos ciudadanos: temian encontrarle como á un animal feroz que habia escapado de la cueva... Hacia venir mujeres mundanas á palacio: muchas veces iba él mismo por ellas á las casas públicas; pasaba las mas noches en deleites deshonestos con ellas... etc.»—Epítome de Historias portuguesas, P. IV, c. 5.

(5) «Portugal en Eborá (decia un papel de aquel tiempo, con razon en el fondo, aunque con exageracion en la forma), Portugal en Eborá des-

los portugueses principalmente su triunfo á la infantería inglesa. Don Juan de Austria peleó con mas valor que inteligencia y fortuna; expuso muchas veces su cuerpo y su vida, y habiéndole muerto dos caballos, entró por los enemigos á pié con su pica en la mano, combatiendo largo rato contra muchos de ellos. Ya que no se condujo como buen general, portóse al menos como buen soldado. Llamóse esta la batalla de Amegial, del Canal la nombran otros, y otros menos propiamente de Estremoz por haber sido no lejos de esta ciudad.

Desde Badajoz escribió don Juan de Austria al rey dándole noticia de aquel desgraciado suceso, al cual siguió la entrega de Eborá y la pérdida de Villaflor; y para que nada faltara, en la plaza de Arronches, ya que el mariscal de Schomberg no pudo tomarla, se incendió el almacén de la pólvora, é hizo saltar mas de dos mil castellanos. En la provincia de Entre-Duero-y-Miño se perdió Castel-Lindoso, que habia ganado el año anterior el arzobispo de Santiago; y en la de Beyra solo hubo de notable una accion que sostuvo gloriosamente el duque de Osuna contra muy superiores fuerzas portuguesas cerca de Valdemula (30 de diciembre, 1663), [con lo que se puso término á la campaña de este año.

Natural era que se envalentonaran los portugueses con el triunfo de Amegial. Así fué que al año siguiente se atrevió el conde de Marialva á penetrar en territorio español y á poner sitio á Valencia de Alcántara, que no tenia mas fortificación que un viejo y flaco muro, si bien se hallaba en ella de gobernador y la defendia con tres bravos regimientos el valeroso don Juan de Ayala Mejía. No se podia exigir mas de lo que este jefe y su gente hicieron: la defensa costó mucho y admiró no poco á sus enemigos, y cuando se entregó la plaza (junio, 1664), no era posible llevar mas adelante la resistencia. Por dos veces habia intentado socorrerla don Diego Correa con cinco mil caballos; ninguna pudo; y don Juan de Austria, aun cuando fué avisado del peligro, no se apresuró á llevarle socorro (1). No se tomó este año desquite de lo de Valencia de Alcántara; al contrario, fueron abandonadas por los nuestros Arronches y Codiceyra, y el resto de la campaña en el Alentejo se redujo á las antiguas correrías. Tampoco hubo acontecimiento notable en las provincias de Tras-os-Montes y de Entre Duero y Miño.

Lo que hubo en la de Beyra, donde operaba el duque de Osuna, fué bochornoso para nuestras armas. Aquel magnate habia tenido un encuentro feliz con los portugueses que mandaba Hurtado de Mendoza: mas luego sitiando á Castel-Rodrigo, y abierta ya brecha en la plaza, ni él, ni sus maestros de campo, ni los capitanes pudieron conseguir de los soldados que entraran por la brecha: amenazas y ruegos todo fué inútil: aquella gente, sacada de improviso de los talleres y de las casas de labranza, se asustaba del ruido de las granadas y de los mosquetes, y no fué posible hacerles dar un paso adelante. Y no fué lo peor este insigne acto de cobardía, sino que acometidos despues en la retirada por Jacobo Magalhaes que á socorrer aquella plaza habia salido de la de Almeida, aunque eran los portugueses menos en número, apoderóse tal espanto de los nuestros, que parecia faltarles tiempo para arrojar las armas y huir, abandonando artillería y bagajes, mas no lo hicieron tan de prisa que no fueran apresados unos, acuchillados otros por la caballería portuguesa: entre los primeros lo fué 'el teniente general de nuestra caballería don Antonio de Isassi; entre los segundos se contó á don Juan

truyó la flor de España, lo mejor de Flandes, lo lucido de Milan, lo escogido de Nápoles y lo grande de Extremadura. Vergonzosamente se retiró Su Alteza, dejando ocho millones que costó la empresa, ocho mil muertos, seis mil prisioneros, cuatro mil caballos, veinticuatro piezas de artillería; y lo mas lastimoso fué que de ciento veinte títulos y cabos no escaparon sino cinco.»—Passarello: *Bellum Lusitanum*, libro VIII.

(1) Passarello: *Bellum Lusitanum*, lib. VIII.—Hallábase tambien en aquel ejército como de jefe honorario de la caballería (*Præfectus externi equitatus*, le nombra el historiador latino de esta guerra) Alejandro Farnesio, hermano del duque de Parma, que habia venido á Madrid á ofrecer sus servicios al rey Católico, y que en verdad no correspondió á la fama del ascendiente de su mismo nombre, el antiguo é ilustre Alejandro Farnesio, gobernador de Flandes en tiempo de Felipe II.

Giron, hijo del mismo duque de Osuna, que para honra suya y de su ilustre estirpe fué de los que murieron peleando. Su padre con la poca gente que pudo recoger se retiró desesperado á Ciudad-Rodrigo. Magalhaes despues de este triunfo entró en España con tres mil hombres, tomó y saqueó las villas de Cerralbo y Fregeneda, y consternados con esto nuestros soldados iban abandonando los pequeños fuertes que guarnecian en la frontera (2).

Produjeron los reveses de estas campañas la separacion de los dos mas ilustres generales, don Juan de Austria y el duque de Osuna. Al primero se le admitió la renuncia que hizo del mando y se le permitió retirarse á Consuegra. Quejábase don Juan de que no se le suministraban ni municiones, ni viveres, ni dinero, ni recurso alguno para hacer la guerra, y atribuíalo, no sin algun fundamento, á malas artes de la reina doña Mariana, que le miró siempre de mal ojo y no queria que el hijo bastardo de su marido tuviera la gloria de recuperar el Portugal. Al de Osuna no solo se le separó, sino que se le redujo á prision y se le condenó á cien mil ducados de multa, como en castigo de las contribuciones que exigía á los pueblos para mantener su ejército; como si no enviándole dinero, hubiera podido sostener de otro modo aquella hambrienta é indisciplinada gente. Al fin el de Osuna justificó su conducta, y consiguió ser absuelto. De este modo la persecucion de los dos duques de Osuna, padre é hijo, ambos excelentes capitanes y distinguidos servidores de su rey y de su patria, señalaron el principio y el fin del reinado de Felipe IV.

No sin fundamento, decíamos, se quejaba don Juan de Austria de la esposa de su padre, porque en este tiempo seguia la corte de Madrid una política que por lo desatinada se nos antojaria increíble á no hallarla comprobada con testimonios. El emperador de Alemania, amenazado por los turcos, habia pedido auxilio á Francia y España. El francés tuvo la habilidad de ofrecerle, á condicion de que España le enviara tambien igual número de tropas á las que tenia en Italia. El emperador, que deseaba salir del apuro en que se veia, aceptó esta condicion, y para persuadir á Felipe IV á que la admitiera por su parte, se valió de la reina su hermana y del padre Nithard su confesor, que ya por el odio con que miraban á don Juan, ya por el mayor interés que les inspiraban las cosas de Austria que las de España, dieron gusto al emperador; y Felipe IV por instigacion suya, y sin conocer el lazo que con este artificio le habia armado el francés, tuvo la insensatez de comprometerse á mantener en el imperio doce mil infantes y seis mil caballos, ya que no podia enviarle los soldados de Italia. Necia obligacion, teniendo desprovistas de recursos las tropas de Portugal, y aun así no sabemos de dónde pudieran sacarse.

Para continuar la guerra con el vecino reino, llamóse y se hizo venir de Flandes al marqués de Caracena. Pero era preciso formarle un nuevo ejército, pues con la tropa que habia, poca y abatida, no se podia emprender nada. Juntóse pues cuanta gente se pudo, haciendo venir los restos de nuestros tercios de Italia, de Alemania y de Flandes, y entre todos se compuso un ejército de quince mil hombres de infantería, mas de seis mil caballos, catorce piezas y dos morteros. Mandaba la caballería española don Diego Correa, la extranjera Alejandro Farnesio, la artillería don Luis Ferrer, y de maestre de campo general iba don Diego Caballero. Cuando el de Caracena vino á Madrid traia la confianza de ir con aquel ejército en derecha á Lisboa, y por consecuencia la de someter despues todo el reino fácilmente; y antes de partir para Badajoz hizo presente al rey que para atacar á Lisboa por mar y tierra vendria tener una escuadra; y en efecto se dió orden de armarla en Cádiz, debiendo mandarla el duque de Aveiro, noble portugués al servicio de España. Mas ni estuvo, ni era posible que estuviera dispuesta y pronta para cuando se emprendieran las operaciones por tierra. Por esta causa, y porque luego que el de Caracena se vió en Badajoz, y se informó del estado y calidad de las fuerzas de cada parte y del carácter y disposicion de los ánimos en cada país, comprendió que la conquista

(2) Passarello: *Bell. Lusitan.* lib. VIII.